

# LA MADRE DE FAMILIA.



REVISTA MORAL E INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

PRECIO: DOS REALES MENSUALES.

Año VIII.

REDACCION Y ADMINISTRACION  
Barro del Campillo, núm. 15, Granada.

Núm. 1.º

## SUMARIO.

*A nuestros suscritores*, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Doña Juana la Loca*, por id.—*A la religion*, por id.—*Un mar sin puerto*, por id.—*Margarita*, por id.

## A nuestros suscritores.

Al empezar á publicar un año nuevo de la Madre de Familia, poco, muy poco podré decir á mis lectores, pues ellos conocen ya mis ambiciones y mis esperanzas, y mis propósitos y mi lema.

Hija de la Cruz, defensora incansable de la religion y la moral, permaneceré siempre en el puesto que ha elegido mi alma, y en mis labios resonarán de continuo los elogios de esos dos ídolos míos, á quien rindo ferviente culto.

Mis ideas, aún que presentadas bajo distintas formas, serán siempre las mismas: las que puede abrigar toda mujer que tenga en más los deberes de su santa misión, que las efímeras glorias de una vida siempre mas corta que nuestros deseos, siempre mas fugáz que nuestros proyectos y nuestras esperanzas.

Y estas ideas, estas convicciones que procuraré transmitir en torno, vertiéndolas con profusion en

mis pobres escritos, encierran el bien y la paz y los goces legítimos del alma, y deben ser admitidas cualquiera, no porque sean bellas, si no por que son buenas, y son justas.

No espereis nunca, no creais jamás que, impulsada por el torbellino del mundo, ó fatigada por el peso del noble deber que me impuse al tomar la pluma por vez primera, retroceda ó me detenga en el camino, vacile en la ruta, ó varíe en mis doctrinas y mis designios: no! estos son hoy los que fueron ayer, serán mañana los que son hoy, y al llegar al fin de la senda de mi vida, caeré envuelta en la bandera que he sostenido en la mano siempre.

Así pues, la Madre de Familia, seguirá siendo una amiga para la niñez, un entretenimiento útil para la juventud, y para las madres y las esposas, una consejera y una guía desinteresada y leal.

Solo ruego á todos mis constantes suscritores que secunden mis propósitos, que extiendan entre sus amigos esta modesta publicacion, humilde lámpara que intenta alumbrar con clara luz el hogar doméstico; que la hagan conocer, cooperando á su propagacion, aumentando si les es posible el número de sus lectores, y así será mas fácil y segura su marcha, viéndose coronados mis deseos y mis esperanzas.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## MUJERES CELEBRES.

D.<sup>a</sup> JUANA LA LOCA.

Fieles al propósito que hemos alentado siempre, de hacer de nuestra humilde revista un periódico útil é instructivo, al par que agradable y sencillo, continuaremos poniendo á su frente las biografías de mujeres célebres, dando á conocer de este modo á la vez que los hechos de algunas damas notables, por su génio, por su ciencia ó su heroísmo, algunos de los sucesos históricos de su época, y los acontecimientos en que han tomado parte.

D.<sup>a</sup> Juana de Castilla y Aragon, conocida generalmente por D.<sup>a</sup> Juana la Loca, es una de las figuras mas interesantes y simpáticas que podemos presentar á nuestros lectores, por su virtud, por la ternura de su corazon; por su desdicha misma, pues aunque nacida en un trono, la suerte la hizo una de las mas infortunadas criaturas.

Damos pues la preferencia á su triste y conmovedora historia, tanto por que debió la vida á la gran Isabel la Católica, como por ser despues de ella la llamada á ocupar el trono de San Fernando.

D.<sup>a</sup> Juana nació en Toledo, el 6 de Noviembre de 1479, y su venida al mundo fué un lazo mas que unió los corazones de sus padres, tan tiernos y amantes esposos, como invictos monarcas.

La pequeña infanta, de carácter dulce y afable, pero tímido y reservado, dió muestras en su infancia de una clara y viva inteligencia recibiendo con gran aprovechamiento las lecciones de su noble madre, y de la docta y erudita D.<sup>a</sup> Beatriz Galindo, bajo cuya direccion aprendió el latin que hablaba y escribia con igual perfeccion que el nativo idioma.

La niña creció entre las caricias de sus padres, el amor de cuantos la rodeaban, y el esplendor de la corte.

Flor entreabierto por los vientos de la glo-

ria, y perfumada con el santo aroma de la fé cristiana, cuyos ejemplos vela de continuo en su madre, Juana no podia menos de abrigar un alma pura y amante, y un corazon apasionado y entusiasta.

Sencilla en sus gustos, modesta en sus aspiraciones, Juana parecia nacida, no para reinar sobre un trono, si no para imperar en un corazon.

Su dulce y cándido semblante permanecía impassible ante las lisonjas de la vanidad ó los esplendores de la grandeza, pero se animaba ante una caricia, ante una palabra afectuosa, y en sus grandes y elocuentes ojos brillaba la mas apasionada alegria, cuando se la daban pruebas de cariño y sincera adopcion.

Su niñez y su adolescencia fueron tranquilas y serenas como las inmóviles aguas de un lago.

Ay! quien podia pensar al mirarla, que aquella paz se convertiria mas tarde en tempestad de dolores, que haria naufragar su razon y su dicha!

Contaba apenas los quince años, cuando sus padres, inspirados en consideraciones de altísima política, concertaron su casamiento con el archiduque de Austria, D. Felipe, hijo del Emperador Maximiliano, y de Maria de Borgoña y Flandes.

La niña, á quien la razon de estado iba á convertir en mujer y esposa, tembló azorada al saber su próximo enlace, y su corazon se estremeció ante el peso de las cadenas que iban á ligarle, por mas que estas cadenas estuvieran cubiertas de flores.

Aquella infantil cabeza en que apenas empezaban á ordenarse los pensamientos, iba á verse ceñida con el velo nupcial, y Juana, que comprendia intuitivamente los deberes y los cargos que su nuevo estado la imponía, se sentia desfallecer ante la enorme carga que iba á gravitar sobre sus hombros.

Sin embargo, hija sumisa y amante no pensó ni por un instante hacer objeccion ninguna al casamiento que se la ordenaba, y resuelta á obedecer, solo se ocupó en rogar á Dios que el compañero de su vida fuese digno

de su cariño y su estimacion.

Los preparativos de la boda fueron rápidos y magníficos.

A medida que se acercaba el día de su matrimonio, la infanta experimentaba en su alma mil diversos y encontrados sentimientos.

Su corazón virgen aún, pero predispuesto al amor y á la ternura, latía violentamente al escuchar solo el nombre del que en adelante sería dueño de sus pensamientos y su porvenir.

Una vaga curiosidad, un secreto anhelo la preocupaba, haciéndola trocarse rápidamente de adolescente en mujer, y en mujer pensadora y apasionada.

Llegó el día en que debía encontrarse frente á frente con Felipe, en que debía cambiar con él una mirada, en que el eco de la voz del joven debía alzar un eco en el corazón de la régia niña, y aquel día, y aquel momento decidieron de su destino.

La impresion que hizo en ella la presencia del Archiduque, sería imposible de pintar.

Es verdad que Felipe, llamado despues el hermoso, siendo el mas bello, el mas perfecto, el mas amable de los príncipes de su época, justificaba esta emocion.

La voluntad, el pensamiento, el espíritu entero de Juana quedaron dominados por completo á la voluntad y al pensamiento de su futuro esposo.

Este, menos enamorado, menos irreflexivo, menos joven que Juana, quizá al entregarla su mano pensó mas en la ambicion que en el amor, y vió en la joven infanta mas que el ángel que debía enbellecer su existencia, la mujer que podia engrandecerle y acercarle al trono mas poderoso entonces de la tierra.

Lo cierto es que Felipe fue desde aquella hora la historia entera de la existencia de Juana, mientras esta fue un episodio no más de la vida del archiduque.

(Continuará)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

# MARGARITA.

NOVELA ORIGINAL,

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez

A LA SEÑORA

Dña GENARA OLÓZAGA DE MOREÑO.

Al buscar en mi imaginacion un tipo perfecto para crear á Margarita, su recuerdo de V. acudió á mi memoria, pues en V. se reunen la virtud y la bondad, y la modestia y el talento.

Acepte, pues, la dedicatoria de esta humilde obra, que aunque nada vale, tiene un mérito grande para mi; el de estar llena de su recuerdo.

LA AUTORA.

## CAPITULO I.

Serian las once de una mañana fria y nebulosa del mes de Febrero.

Un elegante carruaje sin blason ni escudo, tirado por dos magnificas yeguas normandas, se hallaba parado á las puertas del cementerio de San Gines.

Un lacayo con librea negra se paseaba lentamente esperando sin duda á sus señores, mientras el cochero, sentado en el pescante, y vestido de luto tambien, fumaba tranquilamente con espresion descuidada y negligente.

Mas de un cuarto de hora pasó de aquel modo.

Cochero y lacayo empezaban á impacientarse, pues el frio era intenso y el aire sutil y desagradable.

En uno de los extremos de aquella triste mansion y arrodillado ante la lápida de uno de los nichos que ocupaban la tercera fila, se hallaba un hombre muy joven aun, pues podia contar de 26 á 28 años á lo sumo. Su aspecto era agradable simpático y hermoso.

Su ancha y despejada frente, sus negros y grandes ojos parecían iluminados por la luz poderosa del génio, y en todo aquel semblante animado y bello, aunque velado por la sombra de una profunda melancolía, se adivinaba la lealtad, el sentimiento y la grandeza de un alma elevada y digna, dispuesta siempre á la generosidad y al bien.

Estaba vestido con una esquisita elegancia, aunque de riguroso luto.

A su lado se veía una niña envuelta en un abrigo de negro terciopelo, y con la cabeza cubierta por un precioso sombrero de fieltro con grandes plumas negras también.

Aquella niña era un ángel á quien ocho primaveras habían dado ya todos sus encantos y sus flores y su alegría.

Su rostro fino é inteligente, estaba sombreado por una palidez mate que se asemejaba mucho á la blancura, y que hacía resaltar el color oscuro y profundo de sus grandes y rasgados ojos, y de su rizado y brillante cabello.

Su téz tenía la suavidad de la hoja de la rosa, y sus labios su encendido color.

Su diminuto pié, calzado con una estrecha botita de satén, parecía insuficiente á sostenerla, y en aquel momento golpeaba el suelo con insistencia como queriendo sacudir el frío que empezaba á entumecerlos.

A pesar de su corta edad la niña estaba silenciosa y fijaba de vez en cuando su dulce mirada, ya en el jóven que estaba á su lado, ya en la lápida que tenía enfrente de sí, con espresion triste y pensativa.

En aquella lápida de mármol negro, rodeada en aquel momento por algunos ramos de pensamientos, solo se le leía un nombre, *Maria*, grabado en anchos caracteres y con grandes letras doradas.

El desconocido salió al cabo de su dolorosa abstracción; miró á la niña que estaba á su lado, y al ver el blanco color de sus mejillas.

—Tienes frío? exclamó con acento cuidadoso, tienes frío? Oh! yo pensando en lo pasado me olvido de lo presente! ante el dolor de la muerte descuido las esperanzas de la vida! ven hija mia, ven: vamos ya.

Y tomando la mano de la niña se dispuso á salir de aquel sombrío recinto.

Pero antes se acercó al nicho ante el cual había orado, y tomando uno de los ramos casi marchitos que le adornaban, le guardó con cuidado mientras dirigía una mirada de despedida á aquel nombre y á aquel lugar.

Con la niña, que temblaba al jemido del viento, emprendió su camino, y en pocos momentos llegaron á la puerta del cementerio, donde, como hemos dicho les aguardaba el carruaje. La pequeña cria-

tura subió á él con la velocidad de un pájaro, el jóven la siguió, el lacayo cerró la portezuela y ocupó su puesto, y el coche emprendió el camino de la ciudad.

El cristal de una de las ventanillas se bajó rápidamente y el desconocido se asomó á él, para mirar otra vez aquella mansion que acababa de abandonar.

En la mano, y oprimiéndolas convulsivamente, llevaba las flores ajadas y místicas que había tomado de allí.

Cuando llegaron á un recodo del camino que iba á ocultar á su vista la puerta de aquella mansion de muerte, de sus ojos se desprendió lenta y abrasadora una gota de llanto y por un movimiento espontáneo llevó á sus labios el ramo que conservaba en su diestra.

—¿Otra vez lloras, papá? dijo la niña con un acento dulcísimo y triste, otra vez lloras?

—No, Maria; te engañas; no ves que estoy tranquilo?

La encantadora niña movió su cabecita con aire contrariado, y llevando uno de sus dedos al rostro del jóven recojió en él la rebelde lágrima que él no se había cuidado de enjugar.

—¿Ves? añadió, ves como no me equivocaba?

El inclinó la cabeza y no halló una palabra que contestar á aquella infantil reconvención.

Maria al ver su silencio, dejó su asiento, rodeó con su brazo aquel inclinado cuello y murmuró con el rostro afligido.

—Pero ¿porque no sonries ahora conmigo? es que no me quieres ya? mira que me vás á hacer llorar á mí también.

—Maria, tu madre ha muerto! dijo aquel hombre con una explosion de supremo dolor, y sin pensar que era una niña á quien se dirigía: tu madre ha muerto, y la amaba yo tanto!

—Pero ¿no me has dicho que está en el cielo? preguntó ella con ingenuo acento, y, que el cielo es muy hermoso?

—Oh! sí.

—Entonces, no te aflijas: allí la veremos los dos: los dos, sí, por que yo sé que si soy buena iré cuando me muera allí, y tú... tú irás también porque nadie hay que sea mejor que tú!

El jóven besó á la niña con delirante ternura, y una tristísima sonrisa entreabrió su boca al escuchar aquellas palabras tan inocentes.

—Por eso estoy yo contenta, añadió Maria con viveza, y por eso no lloro ya, solo siento...

—Que sientes, ángel mio? preguntó su padre con afán.

—Que ahora voy á estar sola en esa casa que habitamos desde que hemos venido aquí.

—Sola no: tu aya, los criados... yo mismo no me separaré de ti.

—Mi aya! esa no jugará conmigo ni me contará cosas bonitas como hacia mamá; tú... tú te irás como antes á visitar á tus enfermos todos los dias.

—Tampoco vás á estar ahora en casa: ya sabes que hoy mismo saldremos de Madrid, nos iremos á nuestra quinta de recreo, donde á ti tanto te gusta estar.

—Sí, ya sé que esta tarde nos vamos allí, que por eso has venido á despedirte de mamá, que la has traído flores, y que te llevas las que ella tenía, pero en la quinta tampoco tendré con quien correr! Oh! yo debía llorar mas que tú, y callo por no afligirte.

Y al decir estas palabras las bellas pupilas de Maria se empañaron con una púrisima lágrima, y la voz tembló al espirar en sus labios.

Su padre la cubrió de besos, y ni uno ni otro pudieron hablar en algun tiempo.

El carruaje entre tanto habia penetrado ya en la poblacion y rodaba con rapidéz sobre el empedrado de las calles.

De pronto algunos gritos dolorosos llegaron á oídos de Maria, que estrechándose contra el pecho de su padre le preguntó asustada.

—¿Has oido, papá?

—Sí, pero....

—Es una niña que solloza y pide socorro! se le habrá ido tambien su madre al cielo? exclamó palideciendo Maria, que creia en su inocencia que solo la pérdida de una madre puede producir amargura y dolor.

Su padre contagiado por la emocion que ella experimentaba, tocó rápidamente al cristal y el carruaje se detuvo.

Abrió la portezuela y saltó en tierra sin poner el pié en el estribo, y preguntando al lacayo que se habia apresurado á reunírsele.

—Que es eso, Juan? de que provienen esos gritos?

—No sé, señor, pero si V. quiere preguntaré en esa casa, que es donde...

—Nó; yo mismo iré, sigueme.

El desconocido dió algunos pasos y se aproximó á un grupo de mujeres que hablaban con animacion á la puerta de una casa de pobre apariencia.

—Que lástima! decia una de ellas ¿y ha sido de pronto, es verdad?

*Continuará*

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## A la religion. (I)

¡Cristiana Religion; mi escudo santo!  
dulce lazo de union, en bien fecundo:  
madre bendita, cuyo amor es tanto  
que con tu augusto manto  
de uno al otro confin cubres el mundo.

Religion sacrosanta, perseguida  
siglos y siglos con tenaz fiereza;  
por la torpe impiedad escarnecida,  
¡pero nunca vencida!  
¡nunca humillada en tu inmortal grandeza!

Perenne manantial de amor y bienes;  
eterno sol de resplandores bellos,  
que como emblema de esperanza, tienes  
las castísimas sienes  
ceñidas de la fé por los destellos.

Tú, que al volver tu ardiente y soberana  
mirada, del pasado á los dolores,  
caer ante tus pies, cual sombra vana,  
ves en la edad pagana  
á tus fieros verdugos y opresores.

A Neron, parricida despiadado  
que rompe el seno donde vida toma;  
monstruo que, tan temido como odiado,  
de rosas coronado  
mira impasible perecer á Roma.

A Daciano el feroz, cuya inhumana  
maldad se pinta en sus inquietos ojos,  
y en cuyo regio manto de oro y grana,  
de la sangre cristiana  
impresos lleva los estigmas rojos.

(I.) Esta poesia ha obtenido el primer premio en el tema A la religion, en el certámen celebrado en Málaga en Febrero del 86.

Al indomable y déspota Trajano,  
á Marco Aurelio, á Sétimo Severo,  
al soberbio y altivo Maximiano,  
á Decio, á Valeriano,  
enemigos del Cristo verdadero.

A Diocleciano; cuya mano impía  
en ruinas convirtió cien y cien lares,  
y que con sangre generosa y pia  
regó, día tras día,  
de Júpiter y Vénus los altares.

Y más tarde, y undiéndose en la oscura  
noche del tiempo, de la nada emblema,  
de Arrio miras la pálida figura,  
que en su torpe locura  
osó negar la Trinidad suprema.

Y á Entiques, y á Nestorio, que intentaron  
manchar la Encarnacion divina y santa;  
que ciegos, en su orgullo te ultrajaron,  
y trocados quedaron  
en escabeles de tu augusta planta.

Y á la sagrada luz que te ilumina,  
confundiendo el error de Berengario,  
al mundo miras que la frente inclina  
ante la Hostia divina,  
del católico templo en el Sagrario.

Todos ellos arista miserable  
fueron, y lodo, y polvo solamente,  
mientras tú, en tu grandeza inenarrable,  
serena é inmutable,  
apoyada en la cruz, alzas la frente.

Que tú en el foco del amor divino  
la llama enciendes que á los mundos guía,  
y del hombre presides el destino,  
y alumbras su camino,  
siendo la aurora de su eterno día.

Y en sus horas de afán y de amargura,  
de naufragios, de sombras, de temores,  
eres iris feliz de paz segura,  
y áncora santa y pura  
en el inmenso mar de sus dolores.

Y pues del triste espíritu eres calma,  
y eres la brisa que bendita oreas

nuestra celeste palma,  
al alzar hasta Dios feliz mi alma,  
¡Religion de Jesus, bendita seas!

Y Tú, Señor, que de poder cercado  
los siglos cuentas y el espacio mides;  
Tú, presente doquier, doquier velado,  
que solo é increado  
la incomprensible eternidad presides.

Tú, que redimes y que das la vida,  
Tú, que lanzas el rayo ó le detienes,  
y sobre el ancho caos suspendida  
en la extension perdida  
la inmensa creacion girando tienes.

Tú, que formaste un mundo, y á otros ciento  
con solo una palabra vida dieras;  
que alzaste de la nada el firmamento,  
y con un solo acento  
tu obra otra vez aniquilar pudieras.

El único, el eterno, el justo, el fuerte,  
la luz y la verdad, no desmentida;  
el que en delicias el dolor convierte,  
que hace vida á la muerte,  
y supo darnos con su muerte vida.

Oh! gloria eterna á tí, Dios infinito,  
y bendita tu ley, mi eterno escudo;  
y tu clemencia omnimoda, y bendito  
aun mi mismo delito  
pues redentor tan grande darme pudo.

Y Tú que eres la luz y eres el día,  
y eres la salvacion, tu omnipotente  
mano tiende á la España patria mía,  
que ora, y ama y confía,  
y que al pié del altar dobla la frente.

¡Tu religion bendita y soberana  
su faro eterno en la borrasca sea,  
entre los mares de la vida humana,  
y haz que siempre cristiana,  
abrazada á la cruz, espere y crea!

*Enriqueta Lozano de Vilchez.*

# UN MAR SIN PUERTO.

NOVELA ORIGINAL

DE

## Enriqueta Lozano de Vilchez

EL BUEN PÁRROCO.

El día tocaba á su término.

El sol ocultaba en el ocaso sus moribundos reflejos, que á penas doraban ya las altas copas de los árboles, la cima de los montes mas elevados, y el símbolo de nuestra redencion, colocado como faro bendito, en las empinadas torres de la iglesia de un pequeño pueblecito, blanco y perfumado como el cáliz de una magnolia.

Un viento templado y lleno de suaves esencias jugueteaba con las entreabiertas flores, mesiéndolas en sus ramas, ó robándolas los aromas encerrados en sus capullos. Despues, y siempre jugeton y siempre ligero, arrancaba algunas hojas ya marchitas de los cercanos arbustos, para empujarlas en revuelto torbellino por la pradera ó por el llano, arrojándolas á veces en un ancho arroyuelo, cuyas aguas rizaba ó dividia en extensos círculos.

Cerca de aquel arroyo, y un poco separada de las demás viviendas del pueblo, se alzaba una graciosa y modesta casa, rodeado por un extenso huerto.

Esta casa compuesta de dos pisos, parecía una blanca paloma recostada en un cesto de flores.

Un emparrado de verdes y lucientes hojas, daba sombra á la puerta, y una enredadera bordada de menudas campanillas azules y moradas, servia de amplia cortina á las ventanas por donde recibía el sol y la luz.

Desde aquellas ventanas se descubria un espectáculo magnífico.

La extension inmensa de los campos, las montañas lejanas, el espacio, el cielo!

A lo lejos, muy lejos, perdiéndose entre el fondo del paisaje, se distinguía una morada extensa y magestuosa, que tenía algo de los castillos feudales de otras épocas, por sus espesos muros, por sus altas torres y por el escudo de armas colocado en uno de sus balcones, y algo de las quintas ó palacios de re-

creo de nuestros días, por la multitud de estatuas y fuentes y cascadas que decoraban sus jardines, por la extension de estas, y por la elegancia y magnificencia de su bello aspecto,

Entre el palacio y la modesta casa que hemos descrito antes, mediaba una gran distancia, la cual podia recorrerse con facilidad y á todas horas, mediante una larguísima calle de árboles llena de sombra, y que empezaba á descender pasados de la humilde y linda vivienda, y concluía á la entrada del parque de la morada señorial.

En medio de aquella alhameda, y en el centro de una plazoleta medio oculta por la frondosidad de los antiguos álamos, se alzaba una blanca cruz de piedra, elevada sobre tres escalones, y á la cual servian de dosel las entrelazadas ramas de dos gigantes pinos.

Ninguno de los campesinos que habitaban por aquellos alrededores pasaba junto á aquella enseña del cristianismo sin descubrirse devotamente, y ninguna noche tampoco, faltaba una mano piadosa que encendiera uno al menos, de los faroles colocados ante la cruz.

La tarde declinaba como hemos dicho poco antes.

Sentada bajo el verde emparrado que protegia la casa de la humilde fachada y del hermoso huerto, estaba una anciana de blancos cabellos, pero de aspecto tan bondadoso y dulce que el alma se sentia inclinada á amarla, desde el punto mismo en que los ojos se fijaban en ella.

Su traje era modesto, pero limpio y en armonia con la edad de la que lo llevaba.

Un vestido de lana de color de pasa, cerrado hasta la garganta, con cuello y mangas lisas y de una deslumbradora blancura, un delantal blanco tambien, y los cabellos sencillamente peinados, daban á conocer que aquella mujer pertenecía á la clase media de la sociedad, y que sus costumbres y sus gustos eran modestos, pero finos y distinguidos.

A su lado, con un libro en la mano, y leyendo con voz reposada y dulce, se hallaba un hombre que aunque habia pasado de la primera juventud, distaba aun mucho de la vejez, pero en cuyos ojos y en cuya frente se revelaba un alma llena de fuerza y de ternura y de bien.

Vestia una negra ropa talar, y el libro que tenia en la mano era la imitacion de Jesucristo.

Aquel hombre era el cura del liado pueblecito; aquella anciana era su madre.

Ambos compartían por igual el amor y el respeto de los honrados habitantes de aquel rincón de la tierra, que designaban al sacerdote con el nombre del padre Carlos, ó mas frecuentemente aún, con el dictado de *El buen párroco*.

La anciana Doña Maria era considerada como una segunda providencia en aquellos contornos, y Blanca, la niña huérfana amparada por ellos, flor pura entreabierto al calor de aquel hogar, era el ángel mensajero del bien en la aldea, porque no había miseria que en aquella casa no fuera socorrida; no había pesar que allí no encontrase esperanza, no había desgracia que no fuera consolada allí.

El padre Carlos, en cuyos negros cabellos se entrelazaban ya algunos prematuros hilos de plata, leía, como hemos dicho, cuando le presentamos á nuestros lectores, pero de vez en cuando apartaba los ojos del libro para dirigirlos á la avenida de arboles próxima, donde los fijaba con insistencia, y hasta con un asomo de cuidado.

Doña Maria también dejaba á veces inmóviles sus dedos y ociosas las agujas de su calzeta, para mirar con marcado interés en la misma dirección que miraba su hijo, pero ni uno ni otro habían pronunciado una palabra todavía.

Al fin el padre Carlos, dejó el Quempi y dirigiéndose á su madre la preguntó con voz dulce y llena de cariño.

—No piensa V. madre mia, que Blanca tarda demasiado en volver?

—Indudablemente, y ya estaría cuidadosa si Andrea no hubiese ido con ella, y si no tuviera su mayor seguridad en el amor que la profesan en todos estos alrededores.

—Esa niña es un ángel, respondió el sacerdote: y no es extraño el cariño que inspira.

—Dios nos ha recompensado sobradamente el bien que hicimos al adoptarla, porque Blanca es la alegría de nuestra casa. Pero si no me equivoco ahí está ya: oigo su voz y la distingo entre los arboles.

—Sí: es verdad, pero creo que no viene sola.

—Será Andrea, ya sabes que iba con ella.

—Es que además veo otra persona, aunque la espesura no me permite conocerla.

Madre é hijo no tuvieron que esperar mucho para salir de sus dudas pues en el centro de la alameda apareció en breve Blanca, acompañada de otra joven casi de su misma edad, y seguida á pocos pasos de la criada Andrea, que cargada de años no podía imitar el paso rápido de las dos niñas.

Un instante después la huérfana se acercaba á Doña Maria, para besar su mano y decirla con su argentina voz.

—Perdone V, madre mia, si me he detenido y la he causado alguna inquietud, y permitame al par que la haga conocer á mi amiga la señorita Estrella, de quien la he hablado tanta veces.

El padre Carlos se levantó y saludó á la recién llegada, después de dirigir á Blanca una sonrisa cariñosa.

Doña Maria también se levantó y ofreció á Estrella un asiento á su lado.

Nada mas encantador que el aspecto de aquellas dos niñas, que en nada se asemejaban sino en el candor, en la dulzura, en la inocencia que reflejaba en sus semblantes.

Blanca, era ligeramente morena; sus rasgados y hermosos ojos negros tenían una expresión suave y amante, que cautivaba el corazón; sus magníficos cabellos negros también, caían en rizadas ondas sobre su frente serena, y en su boca semejante á la flor del granado entreabierto, aparecía de continuo una sonrisa que tenía mucho de melancólica y mucho también de cándida.

Su estatura era alta y esbelta, y llevaba con infinita gracia su sencillo traje de percal celeste, sobre el cual resaltaban las dos gruesas trenzas de su cabello que flotaban sobre su espalda. Algunas azucenas, cogidas en el bosque, lucían su blancura sobre el ébano de aquellas trenzas y prendidas en el cinturon del vestido.

Su compañera era blanca como su nombre: como la estrella de la mañana que precede á la luz del día. Sus cabellos eran del color del oro; sus ojos celestes y purísimos, y rasgados y dulces, tenían la serenidad de un cielo de primavera: sus labios se asemejaban á dos hojas de rosas, y aunque rara vez los entreabría la sonrisa, tenían tal expresión de angelical bondad, que suplía con ventaja á la bulliciosa alegría de la primera juventud. Su pie era breve y su mano parecía un jazmín de cinco hojas.

Mas baja que Blanca; tenía un aspecto mas delicado también.

Vestía un ligero traje de sencilla muselina guarnecido de encajes, y cerrado con lazos de terciopelo negro, y un elegante sombrero de paja adornado por algunos ramos de violetas, cubría su purísima frente, y su pequeña cabeza de Virgen.

(Continuara)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Imp. de La Madre de Familia Darro 15.